



Felipe Arizmendi

La arrogancia del poder

MIRAR. – En otros tiempos, cuando alguien era elegido Obispo de Roma y todavía se le daban títulos históricos como Vicario de Cristo Jesús, Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, Sumo Pontífice de la Iglesia Universal, Prímado de Italia, Arzobispo y Metropolitano de la Provincia Romana, Soberano del Estado de la Ciudad del Vaticano, Siervo de los Siervos de Dios.

Para que no se le subieran los humos, se quemaban frente a él unos algodones y se le decía esta frase en latín: *Sic transit gloria mundi*; que significa: Así pasa la gloria del mundo. Con esto se le quería dar a entender que no se vanagloriara del puesto que se le asignaba. Es que la vanagloria es una de las mayores tentaciones para cualquiera.

En donde prevalece el machismo, el varón se siente con toda la autoridad y no toma en cuenta a la esposa y a los hijos, sino que decide según su parecer, su prepotencia y su arrogancia. Puede pasar lo mismo con algunas mujeres. Algo semejante sucede con quienes tienen un cargo en cualquier instancia. Lo mismo puede pasarnos a quienes tenemos alguna autoridad en la Iglesia: que nos creemos

dueños de la verdad y casi de Dios, incuestionables, dominadores y despectivos hacia quienes en cierta forma dependen de nosotros. No hemos entendido la autoridad como servicio humilde. El Papa Francisco está luchando mucho por que en la Iglesia asumamos el espíritu sinodal; sin embargo, muchos laicos se quejan de que aún prevalece el clericalismo, como abuso y centralización del ministerio presbiteral y episcopal.

Quienes ejercen el poder civil, político, legislativo y judicial, pueden dejarse dominar por la arrogancia. Ahora que la mayoría de votos les ha favorecido, se pueden sentir casi dueños de la vida ciudadana, que pueden disponer de leyes a su arbitrio, de personas y de bienes. Se hacen insoportables, aunque les adulen y aplaudan quienes les rodean y quieren quedar bien con ellos, más que nada por el interés de lograr algún cargo o favor. No escuchan a quienes piensan en forma distinta y, abusando de su poder, también el mediático, ofenden, insultan, descalifican y amenazan con investigaciones fiscales o judiciales. Se creen intachables, incorruptos y en todo veraces. Se autoproclaman defensores del pueblo, pero su proceder es como si fueran reyes absolutos. ¡Se hacen repugnantes! Y no se dan cuenta de que todos los imperios pasan, aún los que se creían todopoderosos.

Obispo Emérito de San Cristóbal de las Casas